

Florero

ROBERTO LÓPEZ MORENO

NO SOY POETA

I

Ya ves, no soy poeta, Lourdes mía,
si lo fuera naciera de tus manos,
me enredara en tu pelo, en tus veranos,
con un verso de amor en cada día.

Ya ves, no soy poeta, que agonía
ser el pastor de trinos tan lejanos
que no puedan llegar sin ser profanos
a decirte el amor con alegría.

Si yo fuera poeta, cada instante,
cada beso infinito de un segundo,
bajaría a tu centro alucinante

para emerger con el amor rotundo,
y nacerme sinfónico gigante,
y cantarte en la música del mundo.

NOCTURNO

II

Si fueras Isabel árbol nocturno,
principio desde el barro hacia lo aéreo,
mi escasez sobre el ras, nada en lo aéreo,
río sería en el vacío nocturno.

Pero eres Isabel árbol nocturno,
rama en la llama, flama de lo aéreo,

y mi vacío se luz, nada en lo aéreo,
y mi vacío se voz, nado nocturno.

Levantarse y arder, crecer el viento,
de la rama a la flama llama el viento
y al llamar y al llamear prende el camino.

Si fueras Isabel árbol del viento...
pero eres Isabel árbol del viento
y yo sólo hosco polvo do el camino.

A GLORIA LA DE HUIXTLA

III

Si tu nombre lo llevas en las piernas,
tentadoras promesas de placeres,
promesas nada más, sólo promesas,
promesas como a veces las mujeres.

Tus piernas, dos soberbios capiteles,
más columnas de Venus, sexo y brama,
dos torres colosales que contienen
la gloria que entre de ellas se derrama.

Si tu nombre lo llevas en las piernas,
hermosas, tentadoras, dulces, tiernas,
morenas como carne en nuestra historia,

no te pido las piernas, no te asombre,
sólo pido besar tu ardiente nombre
y sorber las esencias de tu gloria.

LAGUNA/RÍO

IV

Te inventa la laguna florecida,
Martha del limo y el perfume enhiesto,
tu nombre es flor al agua, y es por esto,
que palpitas eterna, repetida.

La sustancia lacustre en ti se anida,
 esencia sobre esencia, palimpsesto,
 y el lirio, necio nudo, por supuesto,
 se te amarra tenaz, a muerte y vida.

Crece en el verbo verde el caserío
 que se asoma a mirarte en la enramada.
 Ya se llena de ti el chinamperío.

Entonces, Martha, magia develada,
 laguna de este sur, te vuelves río,
 en tiempo de morena llamarada.

ELLA ELLO ELLA

V

Desciende la arda noche chiapaneca
 sus signos estelares que en la heri-
 da del ansia en vida, palpita eri-
 zada en voltio veraz de glifo y greca.

Transita el tiempo sombro con su rueca
 y esa sombra solar, binomio deri-
 mido, mide el latido en el que en Nery,
 ha sido la arda noche chiapaneca.

Henchida en el allegro que le alegra
 la sombra alumbra lumbre, en que se ovilla
 la luz blanca tensada en ser La Negra.

Y la orilla se mueve en su otra orilla,
 biósfera de ella, ello... que reintegra
 a Nery con un sur de maravilla.

CUÁNTO ADIÓS...

(Sonetos a Hilda)

VI

Escribo en la pared, la tarde, en todo,
 con la tinta ceñida del desvelo;

apenas vocación de humilde vuelo
 las palabras que buscan acomodo.

Tu cuerpo de maíz, que de algún modo
 se colude con la amplitud del cielo,
 se hace perfil que escinde, es escalpelo
 en la arteria del aire y la del lodo.

Escribo en la pared, la tarde, la hoja,
 este grito de sangre que sujeto
 en las alas bogando de la foja.

Las palabras se hilvanan en inquieto
 aletear que las hace y las deshoja.
 Cuanto adiós cabe en un sólo soneto.

.....

Y todo late en todo y eres todo,
 la noche, la mañana y el desvelo,
 el reptar, el erguirse, el vasto vuelo,
 el desatino y junto, el acomodo.

Eres la forma tú, eres el modo,
 la manera de ser del mar y el cielo,
 la seda que acaricia, el escalpelo,
 la nube copulando con el lodo.

Si tú palpitas se sacude la hoja,
 hiperbólica esencia que sujeto
 en la tinta ariscándose en la foja.

Eres todo del todo, sol inquieto,
 un adiós que sacude y que deshoja.
 Cuánto adiós cabe en un sólo soneto.

.....

Adiós, suspiro que lo abarca todo,
 tú, quien nace y quien crece en mi desvelo,
 recuérdame una vez, Hilda del vuelo,
 ahí donde los sueños acomodo.

Acaba de ausentarte, de tal modo,
 que te empiece a encontrar en suelo y cielo,

maneja a puño firme el escalpelo
sobre este ardiente y angustiado lodo.

Escribe en mi hoja con tu savia de hoja,
da a este sujeto tan a ti sujeto
la foja con las alas de la foja.

Esto es la despedida, zumo inquieto,
esto es lo que fue canto y se deshoja.
Cuánto adiós cabe en un sólo soneto.

SEGUNDO SONETO A TERESA

VII

Teresa, en cuya frente el cielo empieza,
y en ese cielo me convierto en ave;
un poeta en Colombia ya lo sabe
y te ha inscrito en su horario y su grandeza.

En la patria sutil de tu tibieza
soy violencia conversa en ala suave
y no hay pluma en tal ala que no alabe
desde mi religión tu augusta iglesia.

Teresa arroyo aroma, aroma y niña,
y espiral y trigo y huerto y viña,
y este saberte como la ilusión.

Y repetir tu nombre así: Teresa,
por quien la tinta se hace feligresa,
por quien palpita de nuevo el corazón.

ZULAI

VIII

Decir arder es repetir tu nombre
transmutado en la tinta de tu forma,
esencia vuelta verbo, ley y norma
en la que crece la verdad del hombre.

Que en su fusible añil la sombra asombre
con este resplandor de estéril horma;

transmutado en la tinta de tu forma
decir arder es repetir tu nombre.

Zulai Marcela si te llama el viento,
si se llama esta llama advenimiento
que concentra en su llama su renombre.

Que el viento llame a arder, Zulai... Marcela...
y así reiteraré a tu llama en vela:
Decir arder es repetir tu nombre.

PIDES QUE TE DIGA UN CUENTO...

IX

Alina: pides que te diga un cuento,
una historia que salga de la tinta
que describe el amor y que lo pinta
raíz de luz en el perfil del viento.

Poniendo a funcionar el sentimiento
desde su cinta azul, biblia sucinta,
encuentro el cuento centro, viento encinta
en su maravillante advenimiento.

El cuento que te cuento y que se afina
en arpegio inconsútil, flacso y terso,
ondula su sonata vespertina.

Canto de acento unívoco... y diverso,
y cuenta el canto un cuento para Alina...
y el eco dice Alina y se hace verso.

EN UN ELEVADOR EN CHINA

X

Dos curvas, el escote, la mirada,
el espacio severo, constreñido,

el sentido de frenos resentido,
el cuadrángulo que ata, luz atada.

La turgencia de sí desparpajada,
ilusión nada más, aéreo fluido,
futuro de ilusión, haz desmedido,
promesa hacia el quizás arquitectada.

Qué opresión de palomas, que angostura
del área que se pliega, que se arquea,
que quisiera escapar de su moldura,

te ciñe Ana Cristina y se recrea
y al querer estallar la curvatura
se abre el elevador... vuela la idea.

VISIÓN DE VANIA

XI

Son dos estrellas negras en el pecho
que al oxímoron da vida y lenguaje,
dos latidos carnales del paisaje
bajo del palmeral, junto al helecho.

Sobre la grama una mordida ha hecho
una alberca de líquido linaje,
Vania llena la tarde de su viaje,
vacíos que ella enciende a cada trecho.

Dos repuntes de luz en tinta negra
son el contraste que la tarde fragua.
El cuerpo toca un alma a la que alegra.

El Tepozteco con su verde enagua
en sombras al paisaje se reintegra.
Dos estrellas están quemando el agua.

FLORILEGIO, FLOR

XII

Donde tu carne juega a luz cerrada
se ovilla la corola estremecida,
esperando, solar, la presentida
estrategia del fósforo en alzada.

El género palpita a la llamada
en tu centro de flor al sol asida,
más por más, flor por flor, vida por vida,
ecuación de vibrátil llamarada.

Ya pétalo, ya carne o firmamento...
-el ansia de nombrar, aquí es incierta-
te estableces en el advenimiento.

En facto del color la flor despierta,
se levanta, y anda, movimiento
donde tu carne juega a luz abierta.

REINVENCIONES

XIII

Cuando escucho tu voz y la imagino
en la escala crestral de la infonía,
armonizan los vérberos del día
extremos de pretérito y destino.

¿Quién inventó el sonido con tal tino?
¿Quién fue el que nos dio el Do, Martha Mejía?,
¿el ábrara que ardió, el que ya ardía,
y el que ha de arder de nuevo en tu camino?

¿Petarca, Garcilazo, un sonetista
buscando los secretos del tañido?
El sonido ahí está, el inventista,

lo ha reescrito en escalas repartido,
milagro capturado por la artista,
volviéndolo a inventar para el oído. 🐣

La abuela

MARCELA DEL RÍO

Desde mi ratonera
ver la vida pasar
como quien espía las fantasías de otros
sin tocarlas

Rumiar a solas
la noche
sin la estrella de una voz conocida
Balancearme en la mecedora
que pretende el engaño
con su chillar de gato
para que no me sienta sola

Masticar sin dientes
la pesadilla incomprensible
del amor y el olvido
cuando entre los sartenes
el zafiro desparrama sus alas
y llorar dos lágrimas inútiles
despalabradas de letras
esperando que vengan los nietos
a comprobar una vez más
que aún existo 🐱



Gumersinda

BENJA GARCIALLE GARCIALLE

Gumersinda no tenía ni gota de odio en su ser, pero sí mucha curiosidad, Joan, el hijo de su tía catalana le había enseñado a perseguir a las palomas, le dijo que él había escuchado, o se lo habían dicho en la escuela, ya no recordaba muy bien, que tales animales se acercaban más a ser como las ratas pues no sólo tiraban su mierda por cualquier parte, sobre todo; además, como abejas con el polen, transportaban infecciones de un lado a otro.

Y corrió hacia ellas. Aunque Gumersinda aún no conocía muy bien la palabra repulsión, era eso lo que sentía hacia las palomas, sobre todo por sus patas. Por eso no se comía el caldo de pollo, desde que había conocido a las gallinas le habían provocado asco sus patas, como garras; duras y rosadas, color de lombriz, ¡guácalas!

En México, Gumersinda había visto en varias ocasiones a los ancianos alimentar a las palomas. Acostumbraban llevar migajón, semillas o arroz. Gumersinda quiso ver qué ocurría si ella les lanzaba un poco de su pan. Así hizo. Primero una paloma y casi de inmediato, otra. Gumersinda lanzó más pan y arribaron cuatro, cinco, seis más; y luego un ejército aéreo avanzando por las plazas y monumentos, invadiendo y arrasando con cuanta morona había a su paso. Incluso ocultaron un poco el sol.

Gumersinda sintió miedo, ¿qué hacían sobre ella tantas aves? Sintió ganas de patearlas. La dominaba el terror. Todas ellas la veían con sus ojos rojos, diabólicos, montadas sobre sus espantosas patas de pollo.

Justo cuando Gumersinda iba a soltarse a llorar, la rubia melena de un niño catalán brilló en el horizonte, como un liberador corrió sobre las palomas que, en el momento, remontaron el vuelo. No fue una tarea sencilla, le llevó al pequeño unos cinco minutos deshacerse de todas las palomas, mas el campo quedó libre y la doncella, Gumersinda, sonrió y se lanzó tras de la única paloma que aún permanecía sobre La Plaza del Real, hermana según rezaba una placa, de la de Garibaldi, en México. Los padres

de Gumersinda fueron por ella: “A ver, chiquita, ya has de tener sueño. Aunque Gumersinda ya no era una bebé, sus padres aún pensaban en caminar por las ramblas, esa avenida larga y transitada de Barcelona, para después ir a ver las obras arquitectónicas de Gaudí: La Casa Batlló, La Pedrera y La Sagrada Familia; la subieron, pues, a una carriola y Gumersinda, que hasta entonces no se sabía cansada, cayó en un sopor inaudito.

Y casi de inmediato saltó fuera de la carriola. Algo la molestaba, como si muchos insectos caminaran por su cuerpo, como un ataque de muchas, muchas arañas. Intentó moverse hacia su lado izquierdo y luego al derecho y entonces vio el vacío. Al frente de ella se miraba el cielo fundiéndose en el mar mediterráneo. La gente caminaba por la Barceloneta, la playa. Algunos chicos se ejercitaban, y algunas chicas simplemente permanecían recostadas sobre la arena. Gumersinda los veía, pero también veía el Portal del Ángel de donde emanaban las notas de un grupo latino que se hacía llamar Barrio Candela, donde tocaba el saxofón su primo mexicano, Gonzalo. Alcanzaba a ver, además, una parte de Las Ramblas, cerca de una escultura, donde muchos negros bebían cerveza mientras una pareja italiana se lanzaba insultos uno tras otro.

Gumersinda quiso mover las manos, para saludar o para pedir ayuda, ¿quién sabe?, sólo batió sus alas, sus alas grises. Giró su cabeza emplumada y pudo ver un poco de su cuerpo rechoncho y de sus, ¡guácalas!, patas de pollo.

Gumersinda sintió miedo, y más que miedo sintió soledad. Sobrevoló por la playa y entonces oyó un nombre: Mónica. Mónica era su prima alemana que vivía ahora en Barcelona para hacer prácticas comerciales, o algo así. A Gumersinda le gustaba mucho verle el rostro, por su nariz respingada, elevada, como la nariz de una estatua, apuntando hacia donde titilan las estrellas, igual que en los cuentos que le leía pa’ Manuel a Gumersinda. Mónica platicaba con Bárbara, su amiga suiza, quien veía a los atléticos y guapos chicos sin poder hablarles: Soy muy tímida explicaba siempre en su español perfecto. A Gumersinda le simpatizaba mucho Bárbara porque ésta amaba comer y dormir, y cuando Gumersinda veía que alguien se quejaba con esa voz ronca de ogro: Ah, qué cosa, comer y dormir, vaya vida, a ver qué haces cuando seas viejo, se echaba a reír. Gumersinda había visto a los viejos: comían y dormían. No hallaba pues, nada de malo en eso.

En fin, pensó, y eso de pensar es un decir pues en su nueva situación tal vez la palabra no era la más adecuada. La pequeña creyó afortunado encontrarse con Mónica y Bárbara. Se acercó a ellas para recibir al menos un poco de calor, no calor de playa,

calor humano, familiar. Fue hacia Mónica y se colocó al lado de sus piernas. Ésta, que en ese momento, preguntaba por qué si el sol brillaba intensamente podía verse ya la luna. Tardó en darse cuenta de la presencia extraña, ese calor ajeno la hizo voltear hacia Gumersinda, se incorporó al tiempo que gritaba ¡chaizer!, ¡chaizer!

Aunque la avecilla no sabía alemán y mucho menos en su actual situación, supo que ésa no era una buena palabra. Comprendió su error: a Mónica tampoco le gustaban las palomas y hasta había aprendido a decir ¡guácalas! cuando las veía.

Gumersinda remontó el vuelo. El cielo clarísimo. Un ligero viento frío. Gumersinda, llena de asco, pensó que tal vez debía acercarse a las demás palomas, miró hacia todas partes y decidió ir hacia el barrio gótico. Desde lo alto vio a sus compañeras distribuidas en diferentes plazas, cada una en la búsqueda de una migaja o espiando a las que se detienen en una banca para comer un bocadillo o una botana.

Volar resultaba fantástico. El aire recorría todo su cuerpo, podía verse toda la ciudad aunque por un momento la soledad había invadido toda la existencia de Gumersinda y unas inmensas ganas de llorar le habían anegado el alma, de pronto, ahí incrustada entre el cielo y el suelo, lo único que quiso fue bajar en una plazoleta. Sintió hambre y vislumbró a un grupo de palomas. A Gumersinda no le parecía correcto que las aves se la pasaran en el piso cuando podían volar. Cuando se dio cuenta, sin haberlo pensado en realidad, ya se encontraba cerca de una banca. Entendió la estrategia, la gente siempre deja moronas y las moronas son un buen alimento.

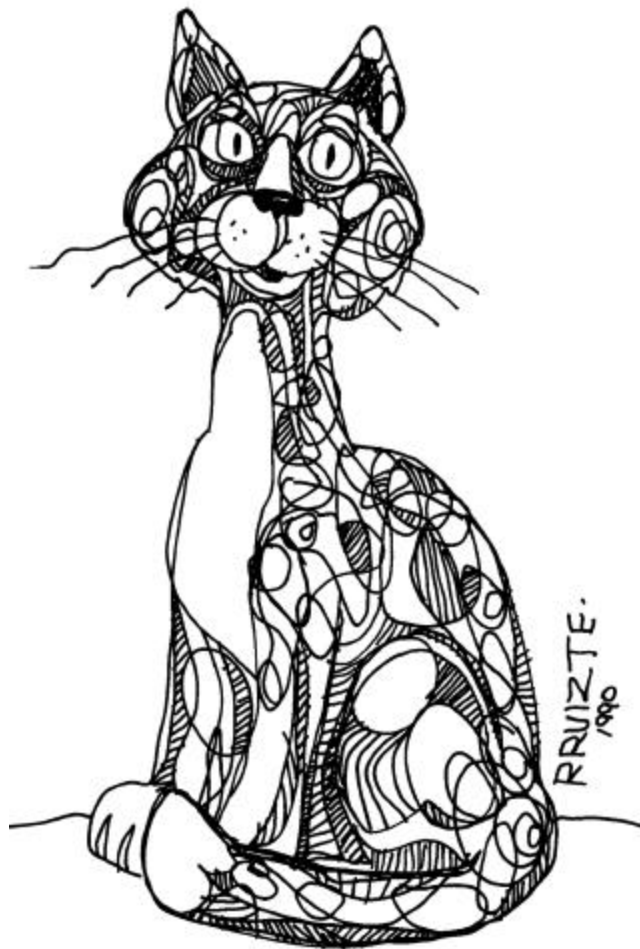
Gumersinda pensó que ese hombre estaba loco, ¿cuántas palomas no iban a llegar hasta él para conseguir comida? Pero no, ese hombre no estaba loco, era un buen hombre pues Gumersinda picoteaba un pedazo de pan y una felicidad inaudita la invadía y sólo se interrumpía por una cierta comezón, se rascaba, no era fácil, mientras lo intentaba otra paloma llegó hasta ella y le quitó el pan a Gumersinda, ésta, enfadada, quiso gritar como su abuela cuando algo resultaba mal: ¡Ah, qué la chingada! Pero nada salía de su pico, le dio un picotazo a la otra paloma. Ambas se trenzaron en una batalla a picotazos hasta que Gumersinda, que no sabía defenderse muy bien, se sintió lastimada y decidió darse por vencida.

A la mañana siguiente Gumersinda despertó en Montjuic, arriba de Plaza España, muy cerca de donde se hospedaban sus

padres. Por la escalinata subía un grupo de chicos. Poco a poco los fue reconociendo, vivían en el piso arriba del de sus padres y eran amigos de Mónica y Bárbara: Daniel, Oriana, Gonzalo, Ana Sophie, Ariane y Fred. Todos ellos venían a ver el amanecer. Freud era un francés que había estudiado sociología en Atlanta y ahora se dedicaba a llenar de graffittis las calles de las ciudades del mundo.

Él se dispuso a forjar un porro de hash. En EU se había acostumbrado a la mary jane, que como decían sus amigos mexicanos, sí pone, pero resultaba muy difícil conseguir algo que no fuera hash en Cataluña.

El día apareció. Cada vez relucía más el horizonte, como si Dios lo puliese todas las mañanas. Los chicos comenzaron a bromear. Había un par de parejas que aprovechaban la mañana para besarse. Mientras descansaban en las escaleras vieron arribar a las palomas. Gumersinda se sentía protegida cerca de ellos, des-



Rruizte

pués de todo eran muy simpáticos. “¿Has visto Che –le dijo Oriana a Fred–, la paloma te mira con afecto?”. En ese instante un par de palomos comenzaron a inflar sus pechos y a hacer ese ruido grave y suave, como de un instrumento pequeño, como un grave de flauta u oboe. Persiguieron a cuanta paloma tenían cerca. Llegó un tercero que se notaba más inflado, pero no perseguía a ninguna paloma ni emitía ningún sonido. Caminaba con un trote lento y un poco cabizbajo. Ana Sophie aventuró que tal vez tenía cáncer. Pero Fred aseguró que era El Padrino de los Animaniacs.

Uno de los palomos jóvenes se fue tras Gumersinda. Ella no tenía ni la más mínima idea de lo que era el acoso, pero una señal de alerta, un instinto venido desde lo más hondo de su herencia generacional, le decía que debía alejarse rápidamente.

Y voló tanto como le era posible, no supo cuanto ni cómo, simplemente buscó dónde descansar, había mucha agua por todas partes y decidió bajar sobre una mano. Unos hombres les vendían arroz a los transeúntes y estos se los daban a las palomas. Así Gumersinda pudo comer al fin en paz y de paso acompañó a varias personas en sus aventuras fotográficas. Durante todo el día fue bien atendida y no tuvo mayores problemas. Algunos palomos la perseguían pero había aprendido a esquivarlos. Recorrió los callejones venecianos por el aire y un escalón al frente de una casa le llamó la atención para descansar. Era un lugar muy angosto pero muy agradable. El sopor la invadió y sintió en su pecho una respiración pausada. En su mente se dibujaban los rasgos de sus padres, de sus primos y de su casa en México.

Repentinamente despertó. Fue algo como un grito, pero no era tal, más bien la sensación de angustia, como si un rocío de desesperación cayera por todos lados. Gumersinda despertó y dirigió sus ojos hacia arriba, una asquerosa... una compañera había quedado atrapada. Horrible, en muchas de las casas venecianas había pequeñas puntas, como alfileres, colocados en las azoteas y alféizares de las ventanas, prestas para incrustarse en cualquier paloma. A Gumersinda no le gustaban las palomas, sin embargo jamás había pensado en torturarlas, sólo en desaparecerlas, con un encantamiento o algo así. En todo caso, las palomas eran animales desagradables pero no estúpidos. Algo había salido mal pues la compañera se hallaba atravesada por un costado. La punta entraba por su pecho y salía por su espalda. El resto de su cuerpo permanecía entre el aire.

Agitaba las alas. Tal vez intentando escapar, quizá por la pura fuerza de la vida que pronto, esa sí, escaparía, o a lo mejor por aburrimiento, aunque en realidad ya no había nada por hacer Gumersinda no podía ayudarla. Definitivamente no. Ni siquiera cien palomas habrían podido rescatarla, era necesaria la intervención de manos humanas.

Gumersinda sintió el escozor de la soledad y una acuciante hambre. Al lado de ella un par de chicos comían pizza. Las sensaciones se mezclaron en ella, ¿cómo era posible ver morir a una compañera y maravillarse por la cercanía de la comida al mismo tiempo? Cuando se dio cuenta ya se había trezado en una batalla con otra paloma por las migajas. Ya no salía huyendo, no había razón. De nuevo el dolor de la compañera la atrapó. Algo, una sensación de incomodidad la invadió. Entonces voló de nuevo. No podía hacer nada y tampoco deseaba quedarse hasta el final.

Quiso huir de todo. El mundo no parecía un lugar muy amigable para una paloma. Deseó con todas sus fuerzas volver a ser la pequeña niña que sentía asco al ver a las palomas, aunque ahora, tal vez ya no las rechazaría, quizá hasta les daría un poco de pan. Se elevó y vio hacia el sol, esa rueda gigante, ardiente. A él se dirigió. No es que Gumersinda supiera lo que es el suicidio, era tan sólo esa acuciante desesperación, esas ganas de que todo terminase. Sintió cada vez más calor, insoportable, abrasador...

Entonces abrió los ojos. El clima era muy cálido, más de treinta grados. La Plaza

Cataluña se hallaba llena de turistas en hot pants. Gumersinda movió sus brazos como si intentase volar, cuando vio que esto no sucedía se echó a reír con mucha felicidad. Su padre la tomó entre sus brazos y la llevó cargando por las calles.

Arribaron a una zona de Las Ramblas. Su padre la puso en el piso y le dio un pedazo de pan. Ella vio a las palomas, aún le daban asco sus patas de pollo, pero había que ser buena con esas compañeras. Empezó a lanzar migajas. Las palomas fueron descendiendo poco a poco, inundando el día con sus tonos grises y blancos. Primero eran varias, luego decenas y todo fue tan rápido, nadie supo en qué momento eso se convirtió en una nube gigantesca, alada. La gente hizo lo posible por espantarlas, fue imposible por un rato. Hasta que comenzaron a golpearlas con sombrillas, vasos y lo que hubiese a la mano. Gumersinda debió haber sentido como mil cosquillas que pronto se convirtieron en jaloneos, en pellizcos. Sólo quedaron sus huesos, y por alguna razón inexplicable, sus ojos depositados en las cuencas. ■

Los amantes

MARTHA FIGUEROA DE DUEÑAS

"Aquí yace Alfonso Trejo concluyendo el último acto de su vida"

Sentía su presencia en el aire, en los murmullos que se escuchaban a su alrededor, en el color de la tarde, en el movimiento de la tierra desde su túmulo. Cerca del crepúsculo la oyó llegar. Se inquietó de momento, pero ya había determinado lo que tenía que suceder. No la iba a dejar ir. Su amor es correspondido por eso ella estaba aquí. Sin dudas y sin temores la jaló de la mano y en su viaje infinito los rayos solares chocaron con la atmósfera de la tierra; anochece, se desprenden unas siluetas como si fueran lenguas veloces, algunas parecen ráfagas de fuego creando ese resplandor que se observa en las noches tranquilas, cintila débilmente, cayó una partícula de estrella fugaz de la constelación celeste. Se abrió la tierra, y alcanzaron la luz, y con ella el corazón del universo. Llegó la calma.

Ebrio por el amor recibido en la noche de Saturno, durante el plenilunio Alfonso Trejo se unió a su amada para la eternidad. Estoy a mano con la vida. Ya no estarás sola, yo te acompañaré.

Feliz noche de bodas. 🍷



Francisco Tejada

Minicuentos

ROBERTO BAÑUELAS

26

Un número de el búh

Estrella de caminos

Se sentía construido de laberintos, rodeado de muros y caminando dentro de una espiral interminable de médicos obsesos. Las drogas y los tormentos no lograron orientarlo sin acercarlo a nuevos riesgos. Finalmente, harto de fórmulas y oráculos, compró un impermeable de gabardina y, disfrazado de detective, comenzó a buscar a su otro yo.

Raro espécimen

Procede del planeta Tierra. Su periodo de adaptación a la vida es lento y penoso. Se alimenta devorando a otras especies. Bebe y copula más allá de lo necesario. En algunos casos es luminosamente creador; sin embargo, posee una gran capacidad para organizar la destrucción. Por etapas, idealiza a sus semejantes o ejerce una especial crueldad contra ellos. Por tradición humorística se autodenomina HOMO SAPIENS.

El momento supremo

Era difícil saber si el Mariscalísimo estaba inmerso en la recordación de una batalla perdida o intensamente concentrado en la tarea de explorarse la nariz cuando levantó la cabeza para arrojar en dirección a la lámpara central un proyectil de esférica mucosidad vio que sus enemigos armados sonrientes y satisfechos por el triunfo ocupaban casi por completo la gran

sala donde los trofeos los retratos los bustos los diplomas y las medallas celebraban constante pugna para simbolizar las glorias reales apócrifas de su dueño que esta vez no pudo pronunciar la última de sus frases célebres.

El fraude

Después de tres días y dos noches de continua lucha, los oradores que esperaban su turno —químicamente despiertos— entrecerraban los ojos para rumiar el discurso y soñar con el primer premio.

Al quinto día, luego de una difícil eliminatoria ejecutada por comediantes disfrazados de filósofos y sabios que parecían antigüedades sacadas de una casa de empeño, fueron entregados los premios a los ganadores. El primer lugar correspondió a un niño prodigio (hijo bastardo del presidente del jurado); el segundo, a la culta esposa de un ministro. El tercer premio fue otorgado —ignorando por igual el entusiasmo de las amas de casa y los gritos airados de un cuarteto de provocadores— a un locutor de televisión que, por un punto y una permanente sonrisa, venció a un loro que con depurada dicción protestaba: “¡farsantes, me habéis despojado!”

Para detener al tiempo

Desde una mutua simpatía hasta una coincidencia en gustos e ideas, pronto se convirtieron en oficantes soñadores que con delirio jugaban a detener el tiempo, fundiendo y disolviendo su ser en la cumbre de éxtasis diluviales. A las palabras inau-

gurales de él, contestaba ella con caricias que parecían siempre nuevas. En el goce recíproco de sus cuerpos nulificaron la frontera de su propia imagen y fueron, durante el tiempo en que reinaron como súbditos y dueños de su dicha, dos personas diversas y una sola pasión verdadera.

Instauración de la dicha

Al fin llegó el día en que se despertó convertido en rey, y, con su corona de sueños locos, fue a mostrarse por todos los rumbos de la ciudad. El tránsito, la multitud, los ejércitos y la publicidad transcurrían en una dimensión silenciosa de armónica serenidad, sin importar que al mismo tiempo miles de sabios lanzaran proclamas y aullaran dialécticas conclusiones para detener el caos organizado. En su recorrido triunfal de solemnes irreverencias, todas las sensaciones del vivir se le intensificaban por el bienestar incurable de contemplar a sus súbditos imitando a los actores de las películas mudas.

La sociedad de consumo

Cada vez son más los viejos castillos convertidos en museos para asombro de turistas que cumplen un obligado itinerario entre la mala digestión y el tedio.

Los fantasmas solíamos dormir durante el día y colaborar en la creación de leyendas por la noche; pero ante esta invasión de aburridos mortales que han turbado nuestra paz, nos vemos compelidos a vagar por las calles, lamentándonos como desempleados y buscando el refugio en viejas casonas abandonadas, buscadas también por numerosas parejas de hippies.

Enigma

Nadie sabe de dónde salió este multicolor ejemplar que asume externamente las referencias de cualquier palmípedo de estanque. Desconcierta porque canta y por su andar de elegante solterona. Su rareza ha congregado a tres penetrantes pensadores, convertidos en tres tristes sabios desesperados al no establecer la procedencia del ave que los mira y analiza, más que ellos a él. En el corredor que separa al jardín de la casa, el cocinero se impacienta.

Se acerca el fin

De los colaboradores ninguno es ya de fiar; los ministros están divididos en traidores y ambiciosos. Mientras me informan que la economía está en bancarrota, la opinión pública es un viento huracanado de maldiciones y blasfemias. A pesar de la casta de generales que formé, dudo del apoyo que el ejército me juró por trigésima vez... Esta noche invocaré el espíritu de mamá.

Brindis amargo

Algunos reflejos vespertinos lamían los bordes dorados de las copas; otros, por incidencia fortuita, provocaban estrellas en el vino que dócilmente copiaba las formas en que fue vertido. Agotados los elogios contra el anfitrión, los invitados maldecían en silencio la espera que los confrontaba.

Era ya casi la media noche cuando apareció Dionisio y propuso, como salutación y supremo brindis, el inicio de una cuarentena de abstinencia.

Última llamada

El doctor no acepta que la operación ha sido un fracaso y ahora me recomienda que tenga paciencia cuando él ya la ha perdido... Para la próxima intervención, que será definitiva, ni él



Roberto Bañuelas

ni la muerte se deciden... Hoy he recibido flores y la noticia de que mi perro fue incluido en el reparto de una película y que le pagan el mínimo que el sindicato fija para personajes mudos. Me imagino que todo ha sido idea del director que ahora quiere corresponder en alguna forma a la ayuda que le di cuando nadie creía en él; la verdad es que yo siempre le vi talento, disciplina y valor para esperar... Gente como él, con ideales y capacidad, también es necesaria en el teatro... Extraño: con frecuencia me asalta la idea de un río lleno de luces que desemboca en un valle oscuro... Todo me duele y no encuentro postura que me permita dormir un poco... ¡Muerte: ven a rescatarme de otro amanecer...!

El invento

¡Señoras y señores, dementes y sabios, santos y pecadores: ¡pasen a conocer la maravillosa trampa para cazar zapatos extraviados, oportunidades fallidas y ocasiones de triunfo! ¡Este prodigioso aparato (puedo demostrarlo ahora mismo) sirve también para encontrar joyas perdidas, llaves, paraguas, guantes, documentos y maridos olvidados...! ¡Por aquí, señora!

El pronombre divino

–Bien, bien: espero que termines pronto tus estudios y que vayas a especializarte en alguna universidad de Europa, como mi hijo Adriano. ¡Ah! Pero nada de querer quedarse allá en aquel paraíso de rubias mitológicas que te hacen soñar despierto, ¿eh?... Bueno, entonces como te lo he dicho: a portarse muy formal. ¡Ciao!

El hombre próspero se desplazó con su exceso de gozos kilos, abriéndose paso entre la gente que, apremiada por el cultivo del ocio, a esa hora transitaba por los pasillos del lujoso hotel para salir a pasear con sus perros, cónyuges, pieles, poses y complejos de última moda.

–¿Qué te dejas tutear de ese rico pedante?

–Porque a Dios se le habla de tú.

–Pero tú no eres Dios.

–Pero sigo siendo otro de sus hijos.

–Perdona. No te había reconocido.

Nobleza obliga

Aunque fue aceptado con reticencias y prejuicios, el médico malayo logró que la princesa Eustakia de Intestinburgo no sufra más de aquel aberrante padecimiento de flatulencias que la ponía en situaciones donde su alta jerarquía y abolengo no anulaban el ridículo.

Cuando su mal devino crónico, en vez de recluirse en el más lejano de sus reales aposentos, optó por el cinismo: siempre que se activaba la rosa de sus vientos fétidos en las fiestas de la corte, nos miraba acusadoramente y luego sonreía como otorgándonos su gracioso perdón.

Ahora que está curada (esperemos que para siempre) se comprobará que los músicos, los poetas, los pajes y los criados éramos inocentes.

El informe

Cuando se comenzó a empedrar el camino del infierno con las buenas intenciones nunca se pensó que después de varios siglos, debido a la pertinaz e involuntaria contribución de los millones de tibios, indecisos e hipócritas, el camino en cuestión llegaría a transformarse en esta intransitable cordillera. Es por esta causa, Supremo Luminar, que la población del infierno se ha estacionado.

Los duelos

La rivalidad pasó de las palabras-insultos a la pelea inevitable y los dos hombres, armados con herramientas, descendieron de sus vehículos. Lucharon, descargando en cada golpe el odio acumulado, hasta que uno de ellos quedó muerto; el otro, ya próximo a la agonía, trataba de incorporarse cuando fue atropellado por el camión del chofer muerto. El autobús, queriendo vengar a su conductor, se lanzó en primera contra el de diez toneladas que, complacido, rugía con su potente motor. Maltrechos, ambos retrocedieron para tomar impulso y embestirse como dos toros envenenados con su propia furia. Pronto, sobre los cadáveres de los conductores, quedó sólo una montaña de hierros retorcidos y humeantes. 🐾

Malgré-Tout

EDWIN LUGO

Aunque yo sé que nunca llegarás a mi vida,
aunque sé que por siempre no estarás junto a mí,
en el alma he encendido una antorcha votiva
que en lugar de extinguirse resplandece por ti.

Aunque no me deslumbre con la luz de tus ojos,
ni se escuche tu risa en mi triste mansión,
y en mi huerto sin rosas sólo broten abrojos
y de tus labios se ausente del amor su canción.

Aunque nunca me quieras como yo te he querido,
y en tus horas distante, ni te acuerdes de mí,
mi ternura no aprende lo que es el olvido

y mi amor se acrecienta cada hora por ti,
aunque nunca regreses, aunque siempre te has ido
aguardándote vivo ¡Una espera sin fin! ■



Guillermo Ceniceros